

Hoja de un libro

ADORA A DIOS

Llamaste independiente ser humano
y da risa cacucharlo:
¡pobrecillo mortal, ignaro y vano!
¿en qué te apoyas para así pensarlo?
¿En qué tienes un alma creadora?
¿en qué encierras al mundo en tu intelecto?
baja la frente pobre, á Dios adora,
que adorarle el mortal es de precepto.
¿Te resistes? ¿no quieres?. El desprecio
habita en tus entrañas, Luzbel eres,
de tu origen te apartas, ¡ay ser necio!
así se ausentan de su Bien los seres!
¿Olvidas que de Dios el hombre viene?
¿olvidas que por El manan las fuentes?
¿olvidas que tu vida El la sostiene?
¿olvidas que es Señor de astros y gentes?
Pues si duda no tienes hazte esclavo
del autor de tan varias maravillas,
y adórale de hinojos, así, ¡bravo!
que para eso nos hizo las rodillas.
Y aprende para siempre que nos miente
el que llama al humano independiente.

GABINO CRESPO.



¡QUE RARO!



PERO mujer, ¿es posible que no puedas
quererme?
—¿Te gustaría más que te enga-
ñase?
—Eso es preguntar, y yo quiero
que contestes.
—Pues no; no puedo quererte; me
perdonarás la franqueza; pero antes
que no ser ingénua, prefiero hablarte
de este modo.
—¡Así te he oído hablar muchas
veces! Pero no sé que tiene la esperanza, que ape-
nas sobre ella se derrumba un castillo, otro se
eleva más hermoso. Pensando entí corté esta rosa
en el campo... ¿la quieres?
—¿Por qué no?
—Pero ponla, María, sobre tu pecho en señal
de que me querrás algún día.
—De ese modo no puedo aceptarla.

—Ella sabrá explicarte mejor que yo lo que te
quiero; ponla en tu pecho y quien sabe si echará
raíces en tí... Dices de un modo tan cruel: «no te
quiero» ¡Si supieras!... Por tí, gastando el tiempo
que había de emplear en mirarte, volví los ojos á
los libros é hice una brillante carrera; por tí he
conquistado una fortuna, con la cual podemos ser
felices; por tí daría mi alma entera y cuanto tengo
de vida... Quíereme un poco, mujer.

—No puede hacer mi voluntad que te quiera;
eres un hombre de talento, de honor, dispuesto
siempre á lo noble y á lo grande, pero...

—¡Pero no puedes quererme! Por última vez
te hablo, María; lo que soy y lo que valgo te lo
ofrezco, ¿quieres aceptar la rosa?

—Con todo el dolor de mi corazón, no. Yo amo
á Juan.

Como aquel á quien se le vienen encima las
ruinas de los sueños de toda una vida, Andrés
quedó embotado los días siguientes, sin sensibili-
dad, encontrándose extraño á sí mismo y como si
fuera otra persona de razón confusa y turbada. Fué
extinguiéndose dentro de sí mismo, falto de sos-
tén, de ideal. De su brillante fantasía huyeron to-
dos los colores, como huyen los pájaros del árbol
en el cual fué disparada una piedra. Igual le daba
ya su pueblo y los campos, por donde estaban he-
chos á correr sus ojos, que otro sitio cualquiera; el
horizonte se quedó para él sin límites, el horizonte
dentro del cual ponemos siempre nuestra aspira-
ción.

No salió Andrés, durante muchos días, de su
casa: su vista no encarnaba ya en el mundo exter-
no: este no tenía interés para él. Se deshacía por
dentro de un modo confuso; primero con extreme-
cimientos de dolor, después, sin sentir nada. El
foco de su alma no tenía ya donde dirigirse; se
empañó su luz, se hizo más débil, se apagó por fin.

Quando venía Juan una tarde del campo, tiem-
po después, al atravesar por la puerta del cemen-
terio, oyó esta copla, que parecía la voz de un es-
píritu que vagaba en el solitario lugar:

Quando eche mi cuerpo flores
solo una cosa te pido,
que las pongas en el pecho
donde no pude estar vivo.

¡Qué misterio tan raro! Juan, que era entonces
el novio de María, viendo un brillante rosal que
se erguía sobre una tumba, y derramaba sus rosas
al exterior del muro cortó una para ofrecérsela á
su amada. En la extraña fisiología vegetal, aque-
lla rosa, aquella flor cortada por Juan, contenía
elementos del cuerpo misero que se había podrido
en la tumba de donde salía la planta. ¡Y en aquella
tumba descansaba el cuerpo de Andrés! Los áto-
mos de su cuerpo se habían filtrado á través de la